

Y punto.
Mercedes Castro



«Él me acusa de tener sentimientos. Me dice que soy débil y frágil, sutil, febril, casi pueril. Nada viril para mi profesión, y tendría que serlo, que adónde va una mujer policía tan sentimental como a punto de romperse».

Clara Deza es contradictoria y deslenguada, Clara Deza es agente de la autoridad, esposa y compañera, tan sensible por dentro como dura por fuera. Inmersa en un mundo hostil marcado por el enfrentamiento entre dos esferas contrapuestas: la laboral, poblada por policías que oscilan entre la incomprensión o la superprotección, yonquis que inspiran su ternura y superiores que no la respetan, y la personal, que gira en torno a un matrimonio que es a la vez refugio y casa de fieras, remanso de paz y estanque de tormentas.

Con una poderosa voz narrativa cargada de ironía, Mercedes Castro irrumpe en el panorama literario con la historia de una mujer que se mueve entre claros y oscuros, una protagonista tan de carne y hueso que traspasa las páginas de esta novela con su humor agridulce, su contundente fragilidad y un inconformismo esencial que va más allá de cualquier punto y final.

*Para Clara,
por la hora de las risas.*

I

No se llega media hora tarde.

Tenía que haberse levantado a las 7:00, pero eran las 7:33. Y sabía que llegaría tarde, claro, como siempre, las mujeres con el secador y pintándose la pestaña ya se sabe, je, je, diría el estúpido de la puerta al verla llegar.

La media hora tarde de siempre. ¡Si es que has nacido media hora tarde!

Y la llamarían impresentable.

No se llega media hora tarde. Y punto.

Se preguntó quién haría las leyes que no hace nadie, esas que no votan los políticos ni son herencia de dioses justicieros o romanos fosilizados. No se llega media hora tarde. Qué media hora, ¡cuarenta mi-nu-tos!

A ver, reflexionó mientras se arrastraba bostezando al baño, ¿por qué se puede llegar veintisiete minutos tarde y estar dentro de lo legal pero no media hora o cuarenta y dos y pico, por ejemplo? ¿Quién coño fijó el límite de lo decente en treinta minutos?, ¿quién? ¿Qué juez? ¿Qué rey?

Otra Ley de Oro: No se dicen tacos.

Bueno, sí, los machos morenos de tríceps musculosos con un par pueden mirar de arriba abajo a las nenas y calificar, según su cuestionable criterio, a las pijas monas de «princesitas» y a las demás pobres mortales de «churris» sin que se inmute nadie, y bien que dicen tacos al volante o viendo al equipo de sus amores, es un suponer. Pero tacos, lo que se dice tacos, más allá del «jelines» y del «caray» las nenas no. Que eres una señorita. Vaya.

Y hay que joderse.

¡Joder! Y se pilló el dedo con la puerta al salir y se cagó en su madre, en su padre y en el colegio de monjas, sí, qué pasa, y entró en el ascensor refunfuñando y pensando qué mierda de día, y eso que acababa de empezar y ya se había meado la gata fuera del cajón y se escapaba la leche del cazo, toda desparramada y quemada en el fogón, y ya imaginaba después a Ramón que a ver para qué te regaló mi madre un microondas que le costó un güevo en El Corte Inglés, que menos mal que llevaba la Visa Platino, que dice que fue verlo y pensar mira tú lo bien que le viene a la paleta esta que está con mi hijo para que no se le salga la leche, que luego, como es tan liberada y tal, deja la cocina hecha un asco y le va a tocar fregar a él, que es tan sacrificado, angelito, y llega antes a casa y se lo come todo, y pobrecito mi niño.

Sí, eso. Pobrecito el niño. Y mientras sale con la cazadora a medio poner, no vaya a ser que le vea la pipa el portero, y chupándose el dedo lastimado y buscando las llaves del coche, todo al mismo tiempo, el pobrecito de Ramón se queda roncando a pierna suelta con la boca abierta de una cuarta y qué mono, que diría quien yo me sé. Si parece un conejo, señora. Y luego se levantará tranquilamente y se tomará su Cola-Cao, que es que el café es malo para su cuerpo Danone y hay que cuidarse, que a ver adónde vas tú con esos michelines, y mira qué celulitis, y mira también qué culo la Beyoncé, ya podías estar así, y lo acompañará con medio paquete de pan de molde con mermelada del delicatessen que está tan buena, cariño, venga, si es de cerezas, toma una cucharadita, tonta, y qué más da si engordas un poco, si a mí me gustas estés como estés, y luego que dónde la has puesto, que ya me la has acabado, claro, como te despiertas antes, qué morro, y cuando me levanto yo ya no queda y cómo llego al bufete con el estómago vacío y vete tú a comprarla al Centro, que te pillará mejor. Cómo que no, cojones, si para una vez que te pido un favoor... Menuda egoísta estás hecha.

Eso. Pues menos mal que no dice tacos el niño, no, que es muy fino y muy leído. Aunque podría decirlos si él quisiera, que conste, que para eso es un hombre hecho y derecho con su carrera sacada, que no me voy a cansar de repetirlo, lo que pasa es que lo tengo muy bien educado. Sí, lo que usted diga, señora, igual se cree también que tiene el paquete mejor puesto que nadie y todo el resto. Ja. Y qué más. Que no finjo orgasmos. Qué va, querida. Me daría cuenta.

Cuando está llegando al coche instintivamente comprueba que el póker y las esposas están en su sitio y nota un pinchazo al mover el brazo, junto a la axila, y se acuerda con miedo del bulto que hoy, otra vez, ha vuelto a palpar en la ducha, medio dormida aún pero allí, pequeño como una lenteja, debajo del pecho, muy cerca de donde acomoda siempre la pistola. Y en el atasco, entre la música de la radio y la estridencia de las bocinas y su propia voz que mienta a gritos a la vieja del estúpido que conduce el Mercedes de atrás, siente latir esa venita casi inexistente que tiene en la sien y que es la que marca su miedo. Lo sabe. Y le jode.

Tener miedo jode, piensa, y no puede evitar acordarse de su madre aquella tarde, despidiéndose con la mano mientras los celadores se la llevaban en la camilla y esto va a acabar pronto, no te preocupes, pinchiña, y reza mientras tanto por mí. Y ella diciendo joder, mamá, si sabes que no rezo, y los ojos llenos de lágrimas y temor, corrigiendo en una sonrisa de circunstancias el adiós no, hasta luego, y las tres interminables horas de espera en la habitación del hospital recitando como una imbécil la misma oración siempre porque no le salía otra. La única que pudo recordar, la que le parecía menos ridícula, más pura, menos interesada. Y ya veía ahora en el coche, más allá del parabrisas y el tráfico, a su médico diciéndole por entre esa mirada paternal que se pone para las malas noticias que no hay nada definitivo, es

necesaria una exploración más profunda, nuevos análisis, mamografías... Pero no hay de qué asustarse todavía. Usted parece una mujer fuerte. Vamos, una muchachita tan valiente.

No. Claro que no.

Otra Ley Sagrada que a ver quién inventó: Los polis no pueden tener miedo. Por qué. Es más: por qué las mujeres policía deben parecer Ángeles de Charlie y ser más duras que la teniente Ripley, a ver, por qué.

Y es que estaba harta del venga no seas tonta si es todo mentira del espabilado de Ramón, tan ufano él sólo por el respingo, el escalofrío y el acurrucarse junto a su pecho en las películas de terror. Pues bueno, pues sí, pues ya sé que es mentira, y también que las cucarachas son bichitos inofensivos que no te van a comer, miedosita, pero da la casualidad de que prefiero que las mates tú, mira qué cosa, y no ser yo quien se levante a medianoche a echar el cerrojo y que te coja el frío a ti de paso. Hay que ver qué cobardía.

Porque para algo tendrán que servir los hombres. Para calentar los pies en las noches de invierno, para abrir los botes de conservas, para abrazar y consolar cuando se siente la angustia tras la pesadilla y te persiguen los bichos allá donde vayas y estoy sola y no me cubre nadie y sin darme cuenta estoy gritando y temblando. Y si no está entonces a tu lado en la cama prestándote su seguridad y ya pasó, mi vida, fue un mal sueño, pues a ver. Porque para comprar la mermelada, para eso, ya estoy yo. De gilipollas.

Y llegando a comisaría la idea que sigue dando vueltas en la cabeza y el pánico en el estómago. Qué hacer. Otra vez médicos que cosen y remiendan como a mamá y Ramón histérico, dándolo todo por perdido y qué va a ser de mí sin ti. Qué valiente. Pero si ni siquiera me han reconocido aún.

Y la pregunta: ¿hay antecedentes de cáncer en su familia?

Y el jefe, qué mal momento, precisamente ahora, con el trabajo que tenemos y justo antes de Navidad. Y también los compañeros en el bar cuando no estuviera presente, si ya te lo decía yo, las mujeres no valen para esto, colega, y qué blanditas que son, luego va de borde por la vida y mírala ahora, llorando como una Magdalena en el hombro de su abogaducho. Y los comentarios groseros, si te tocara yo las tetas bien tocadas y no con guantes, como tu Señor Letrado, ya verías lo que te encontrabas y lo que no, muñeca.

Y la suegra, mira tú qué mala suerte, y ahora mi niño, el pobre, histérico y preocupado y sin poder dormir por culpa de semejante resabiada que ni para darle un hijo va a servir al final, como si no le bastara con andar por ahí haciendo de marimacho. ¿Y sabes qué te digo?, que esas cosas no vienen así como así, que algo habrá tenido que tomar o hacer, tú ya me entiendes, para ahora, tan joven, tropezarse con eso. Porque no me dirás que es normal. Y al que le va a tocar aguantarla es a mi Ramoncito, y no es justo, que él no se lo merece ni tiene la culpa. No, esto no debería ser así, cada uno debería aguantarse sus miserias, ya lo decía mi madre.

Pasando por la puerta oye el buenos días chata de siempre y responde, como siempre, con el chata lo será tu madre, cabrón, que me he ganado mi puesto mejor que tú, que aún sigues en la puta entrada y ya hace bastante que me merezco el buenos días agente que le dedicas a otros no tan machos como yo, que serlo o no nunca es cuestión de testículos. Y ahora con retintín: y tú más que nadie deberías saberlo.

Y cuando llega al despacho va pensando qué bien, qué día más bonito, acaba de empezar y ya estoy de mal café, o de mal ColaCao que diría el otro, qué salao. Pues le va a comprar la mermelada quien yo me sé, aquí que cada uno

se coma sus lujos y sus miserias, él aún durmiendo, seguro, y yo a punto de empezar la reunión de los lunes con el Culebra sin localizar.

Cómo odio los lunes.

No, nada, jefe, pensaba en alto que, como hoy es lunes, igual nuestro amigo se pasa a por su metadona, no creo que se vaya a perder su primera ración semanal por muy mosca que ande con nosotros. Ya sabe que si deja el tratamiento de desintoxicación se le va a la mierda, con perdón, la condicional, porque, según la sentencia, si no hay desintoxicación no hay rehabilitación. Por eso dudo que falte, y entonces, cuando a media mañana vaya a por su ración, aparecemos por el ambulatorio y zas, Culebra, te pillamos, y ya sabes lo que nos debes, que como no cantes le decimos al juez de qué vas, con la metadona y el jaco a dos bandas, listillo. Y con nosotros no juegues, las deudas son las deudas y tú nos debes un soplo y no hay más que hablar.

Pero si quieres nos acercamos ahora al juzgado de vigilancia penitenciaria y se lo cuentas en primera persona a ese señor que viste toga y que todavía se acordará de ti, mi amor.

Y ya en comisaría el Culebra sudando, soltando incoherencias, y los compañeros, tan duros ellos, discutiendo fuera si darle o no una somanta de tortas a ver cómo hablaría más, y él mirándola por entre el velo de sus ojos y sonriendo con sus dientes picados. Qué mala cara tienes hoy, mari. Qué mala cara. Ya verás, más pronto que tarde acabarás como yo. Vendrá tu abogadito dentro de unos meses a mi guarida los sábados por la noche en su cochazo oscuro a pillar para ti, para toda la semana, y cuando te quieras dar cuenta me lo estarás mandando a por carburante dos, tres veces. Ya verás, te crees la hostia, nena, pero qué ojeras tienes, qué mala cara.

Yo sé lo que necesitas. No me mandes a la mierda, no me mires así. En menos de un año, como yo, porque tú eres atravesada y cuando coges algo lo coges de verdad, y te meterás a lo bestia, lo sé, no podrás seguir sola, sin algo que te alivie... Porque estás sola, en el fondo estás sola. De pronto la vida te cansa. Y pillarás. Al final todo se pone en su sitio, todo sale a la luz por fin, al final cada uno acaba a solas con sus miserias. Terminarás dándole asco a tu niño bien y te dejará, y yo para entonces seguiré tan solo como ahora y te haré un sitio en mi chabola. Es una último modelo. Qué felices vamos a ser, mari. Ya verás.

Nos dejarán al final, querida, pero estaremos juntos los dos.

Y los compañeros que entran en la sala diciendo que ya está decidido y qué vas a hacer, loca, suéltalo, no vale la pena pringarse por un chorizo como éste y cállate Culebra que deliras, cierra la boca o te metemos la aguja por el culo, capullo, y la culpa fue vuestra por dejarme a solas con él. En qué estabais pensando.

Y zanjado el tema, todos a una:

—Habla ahora, Culebra. Habla ahora pero de lo que nos interesa. Si lo acabarás desembuchando igual, no te hagas de rogar.

Y el Culebra mirándola con su sonrisa putrefacta, te lo digo porque me molas cantidad, me pones a cien, preciosa, con tus ojos felinos y tu culito respingón. Pero sólo a ti, micha, y cuando vayáis a coger al cabrón de Vito acuérdate y tírame un beso. Prométemelo. Y al llegar a casa para abrazarte a tu don Señorito piensa en cómo estaba antes de volverme el yonqui de mierda que soy, porque tú me conociste de guay, ¿te acuerdas?, tanto tiempo ya... Tú eras una madera novatilla sin barnizar y yo la hostia en verso. Y piensa en lo que te podía haber hecho cuando era el macarra guapo que fui y no en el mamoncete que guardas en casa, que si no fuera por... Joder, todo por culpa de Vito, por la mierda de mierda de vida que me ha dado, tan-

tos años trabajando para él y ahora el muy hijo de puta de Rey de la Coca, como en las películas, con las sortijas y las niñitas bailando ante él en pelotas, recibiendo cargamentos como los mafiosos que salen en el telediario, con la pasma mirando para otro lado y los banqueros millonarios de colegas en las monterías. Y yo así.

Y mirándola sólo a ella, declarando sólo para ella, con los ojos ahora serios, tristes, vívidos, con esa profunda mirada que se asoma al abismo y la cara macilenta de precadáver y sólo a ti te lo digo, gatita, un regalo de mi parte. Pero luego no me vengas con que se jodió, se quedó en nada, Culebra, qué lástima. Porque yo paso de la metadona y de las pelás y de todo, que si te lo cuento es porque ya me tienen el Vito y su corte de enanos comida la moral, pero que sea para algo, si me juego el cuello y me arriesgo que sea para algo, que luego hay polis pringaos, polis oliendo a bosta y todo se queda en nada y al final aparezco en un descampado con moscas en los ojos y espuma en los labios pudriéndome entre meados.

Y así ni siquiera por ti, gatita...

¿Te acuerdas de cómo era yo antes, eh?

¿A que era guay?

II

Hay una raíz amarga y un mundo de mil terrazas. El café está aguado y el azúcar cristalizado no se disuelve bien, revuelve que revolverás y el camarero que resopla con que pare ya, que se te va a salir, ¿dónde estás esta mañana?, ¿dónde tienes la cabeza?

En el pecho, responde. En el pecho y en un chalet de lujo en los confines del barrio.

No hay quien te entienda, murmura el chaval por lo bajo mientras limpia el mostrador, además de madero, tía: loca de atar por partida doble. Y ella, que te he oído, mucho cuidado, a ver si un día de éstos te enchirono por meterle a los parroquianos ginebra de garrafón, que no hay derecho.

No hay derecho, repite, menuda mierda de día y menuda mierda de vida y menuda mierda de todo. Y encima el café amargo, para acabar de joder. Polis pringados de mierda hasta las orejas... Vaya noticia la gran exclusiva del Culebra. Ahora que, claro, conmigo no. Es lo que se piensa siempre: lo sabría. Sí, lo sabemos todo, lo bueno, lo malo, lo podrido por dentro y, por supuesto, que nuestro compañero nunca será. Sólo porque necesitamos creer que podemos confiar en alguien, que tenemos las espaldas cubiertas.

Pero quién lo iba a pensar, también aquí, tantos años Santi protegiéndonos, vigilando para que no se descarríe ninguno, dóciles ovejitas a sus órdenes, y resulta que tenemos a un lobo feroz entre nosotros y un soplo del copón que se puede malograr porque alguien no es lo que parece. Y ahora vendrán las miradas cruzadas, los cuchicheos, la

desconfianza. Como si ya no hubiera suficiente con una mujer entre los muchachotes, entre los sabuesos, entre los polis guays que deducen y resuelven igual que en las novelas, como si no fuera suficiente con el inspector jefe apretando cada vez más, que no me traéis detenidos, que tenemos muy mal porcentaje este trimestre, que al ritmo que vamos nos quedamos atrás y eso no puede ser, en las otras comisarías treinta detenciones cada día y antes prefiero mil veces pillar a media docena de chorizos que a un pez gordo, que a fin de cuentas son más palotes y si eso es lo único que les importa a los políticos para qué nos vamos a comer la moral.

Pues eso. Como si no fuera suficiente con machitos y superiores sobones de manos largas y caras raras a mi alrededor. Como si no fuera suficiente con toda la mierda que piso fuera y ahora también la tenemos aquí, y se mueve y anda por los pasillos, a saber si respirando a mi lado.

Menuda mierda, insisto. Hasta los tobillos me llega.

Mierda por dentro y mierda por fuera. Mierda en el Cuerpo, mierda en mi cuerpo y mierda, y de la buena, la que Vito espera. Según el Culebra, claro.

Admítelo, estás rodeada. Un poco más y te ahoga. Te está comiendo la piel, la carne, la sangre, las entrañas, vive en tu interior y no la reconoces, y hay más, la otra mierda, la que buscas y encuentras día tras día en los patios traseiros, en las chabolas, en latas de galletas, en cunas de niños, debajo de las ligas de las camareras de las whiskerías, incluso en las cocteleras. Tienes que perseguirla sin cesar y quién sabe si le darás también los buenos días.

Y qué le vamos a hacer.

Qué le voy a hacer.

Mierda.

Y sin darse cuenta ya le está dando vueltas en la cabeza y en la taza al chivatazo, a la situación y a lo que habrá que hacer, porque lo primero que se les va a ocurrir a estos

merluzos es pedir una orden judicial, montar un dispositivo, irnos a Villa Vito en tropel a toda leche, entrar en plan Miami Vice y encontrarnos con el gran chasco de que ya le han dado el soplo de que nos han dado el soplo, si lo estoy viendo, un puñado de maderos vestidos de Robocop dando gritos de ríndete cabrón y apuntándonos mutuamente como monos que se miran en los espejos de una casa vacía mientras éste, que ya se habrá dado el piro, como si fuera tonto, come ostras muy, muy lejos, en un jacuzzi de veinte metros, rodeado de ninfas ligeras de ropa y repartiendo órdenes desde un teléfono dorado a su cohorte de camellos para que distribuyan el material antes incluso de que hayamos salido, inútiles y humillados, de su fortaleza abandonada.

Necesitamos algo más sutil, pero entonces tendremos que esperar, montar el operativo con calma y arriesgarnos a que, de cualquier modo, alguien de dentro, los supuestos polis pringados que el Culebra dice que existen, cante.

Pero esto no sirve de nada. Así no vas a ningún lado, y lo sabes. Pensando que todo va a salir del revés no vale la pena ni empezar. Por valer, no vale la pena ni levantarse de la cama ni salir de casa ni despertarse ni soñar.

Y termina de tomarse su café y por la acera hasta comisaría caminando como un autómatas mientras en su interior barrunta un plan porque hay que ser positiva, supongamos que nos conceden la orden de registro, supongamos que nadie lo filtra, supongamos que llegamos a su mansión y lo sorprendemos allí, supongamos que... Aun así no seremos suficientes efectivos para abarcarla, se nos puede escapar el material por cualquier desagüe de sus dieciséis cuartos de baño, uno más que la Preysler, como dice él.

Y qué negro todo cuando la conclusión es que, me ponga como me ponga, regresamos siempre en mi mente con las manos vacías. Tengo que encontrar algo.

Y todo es tener para ella. Tener dificultades, tener que solucionarlas, tener que salir todo bien para tener un poco

de serenidad, tener que luchar con esta misión imposible y tener ganas de pasar absolutamente de todo porque no hay nada que hacer, para qué, vete a casa y hazle una cena bien rica a tu amorcito, que vuelve baldado el pobre de estar todo el día sentado en la butaca de piel de su despacho con moqueta, cafetera y climatizador, y luego os vais al cine tan felices y te olvidas de esta puta comisaría y de esta maldita profesión y hala, a follar sin estar cansada y a dormir tranquila por las noches, y que arreglen otros las alcantarillas de esta ciudad.

Sí, qué fácil. Como si no lo supieras. A dormir tranquila hoy, pero como mañana, tras el sueño reparador, abras el periódico y veas que la han palmado un par de yonquis por sobredosis no te vas a sentir culpable, no, qué va. Para nada.

Si es que eres idiota, siempre intentando salvar lo desahuciado, empeñada en purgar por los pecados de los demás, culpándote de los males del mundo cuando sabes que no hay cura ni remedio. Ni tampoco para ti, que eres tonta, coño, tonta sin remedio y hola chata qué tal estaba el cafelito tu puta madre otra vez, gordo grasiento, y vuelvo cuando me da la gana y no tengo por qué justificarme si tomo algo o no, que no eres el comisario, qué más quisieras, sino el inútil de la puerta, que estás ahí porque no vales para otra cosa. Y no me vuelvas a mirar en todo el maldito día, que lo que menos necesito es a un baboso obeso, un obseso seboso como tú mirándome el culo cada vez que entro o salgo, pretendiendo controlarme como si pudieses hacerlo. Entérate bien. Y me pongo como me da la gana.

Al acceder a la sala del Grupo se sorprende al ver en pleno a sus compañeros ya reunidos, y mientras cruza el repentino muro de silencio que su llegada ha provocado para alcanzar su sitio —lo sabe, no continuarán hasta que por fin se siente—, puede ver a Santi a horcajadas sobre una silla con más cara de póquer incluso de lo habitual. Finalmente